



# Rómulo Carbia y la canonización historiográfica de Ernesto Quesada

Gerardo Oviedo

## Temática y problemática

Cuando en 1898 Ernesto Quesada publica lo que resultaría solo la primera versión de **La época de Rosas**, no podía imaginar que la historia de influencias del libro alcanzaría a colocarlo en un sitial de historiador que rebasaba palpablemente lo que pronto serían sus propias expectativas como “sociólogo”. Y ello, acaso, consecuentemente con convicciones y compromisos cognoscitivos del propio Quesada, que se encaminaban a formular su teoría de la historia “evolutiva y orgánica” tan especulativamente, que apenas desmentían sus intenciones conceptivas de fondo. Esto es, los motivos de un corpus de investigaciones cuyas pretensiones de universalidad y alcance explicativo, y a veces, aun metafísico, conducían a elaborar una arquitectónica intelectual que cada vez se avenía menos con los límites impuestos por la “ciencia empírica”. Sin duda ello tuvo implicancias en los destinos posteriores de su obra. En principio, los inconvenientes propios de un pensamiento que profesaba el gusto por la hibridación de los géneros y se alojaba con soltura en las fronteras de disciplinas que, por entonces, buscaban denodadamente definir su puesto en la cultura universitaria. Atributos distintivos que terminaron por convertir a Ernesto Quesada en una especie de autor inclasificable, carente de inscripciones definidas en las genealogías histórico-intelectuales argentinas.

Es que sus copiosas, y en muchos casos, voluminosas indagaciones y reflexiones, no compartían solo las incumbencias del sociólogo y las del historiador en un sentido profesionalista que el propio Quesada era propenso a introducir y consagrar novedosamente. Menos contribuían a definir ese perfil de profesional especializado que promovía la nueva cultura académica, sus desempeños como filólogo, archivista, jurista, publicista político, crítico literario, periodista y hasta cronista de viajes. Sino que, al acompasar las formas de ejercicio liberal del oficio que habían de reemplazar al erudito independiente y finalmente al *gentleman*-profesor que, también, era el propio Quesada, lo hacía con flexiones y proyecciones que cabriolaban por zonas y recodos muy alejados de lo que podría esperarse de la aplicación de un “método” del que, entretanto, también procuraba detentar sus cada vez más prestigiosos títulos. En fin, y yendo al punto: la evidencia de que la potencia intelectual y la vasta formación de Quesada discurrían, antes que por esas límpidas demarcaciones de esfera que querían instaurar la historiografía y la sociología de acuerdo a sus facultades lógicas y también a sus aspiraciones institucionales, más bien, decíamos, ese pensamiento llegaba a desplegarse en los dominios siempre sinuosos y abismados de la *filosofía* y del *ensayo*.

Ante ese contenido innegablemente filosófico, o al menos filosofante, y ensayístico de su obra, procedentes del fuerte carácter teórico y ontológico que nutría su comprensión histórica y sociológica, e inseparable de su modernismo romántico antiliberal, se planteaba ya la doble dirección que tomaría la “recepción” de su legado entre nosotros, por utilizar una expresión metodológica quizá exagerada para referirnos al derrotero del pensamiento quesadiano en el siglo XX. Vemos, por un lado, la tendencia a definir a Quesada como un sociólogo, incluso como el primer sociólogo en sentido académico, y en consecuencia, la propensión a valorarlo por su condición de representante del positivismo. Este trayecto tomaba a su cargo la faz más teórica y modernizante del autor. Pero por otro lado, prosperaba la tendencia a ver en Quesada, eminentemente, un historiador, siguiendo un recorrido que daba cuenta de su quehacer más erudito, filológico y archivológico. Esta línea, a su vez, se ha subdividido entre la vertiente “revisionista” y la vertiente “académica”, siendo reclamado simultáneamente por una y otra. Frente a estos itinerarios de la recepción de Quesada en el siglo XX, creemos pertinente señalar dos rasgos notorios. 1) La escasa o inexistente comunicación entre ambas direcciones o tendencias que recogieron el aporte quesadiano, la sociológica y la historiográfica, lo que se manifiesta en una fragmentación y desconexión trasladada al interior de la obra del autor. Así surge la imagen de un Quesada que aborda múltiples temáticas sin mayores enlaces internos entre sí (Rosas, el criollismo, la cuestión social, el antiimperialismo, la antropología americanista, etc.). 2) El hecho indudable de que la línea historiográfica es la que más atenta y sostenidamente ha mantenido un vínculo con la herencia de nuestro autor a lo largo del siglo XX, dando por resultado, sin embargo, una doble genealogía. En menor medida: a) quienes ven en Quesada un predecesor de la historiografía “académica”; y mayoritariamente: b) quienes sostienen que Quesada es un historiador “protorevisionista”.

Frente ello, nosotros creemos necesario articular orgánicamente tan bifurcadas y desdobladas apropiaciones. Si bien, creemos acertada la perspectiva de ver en Quesada a un historiador filosófico asistido por la teoría social, antes que un “sociólogo” en un sentido restringido del término. En virtud de que el contenido de la “sociología” de Quesada estriba, en rigor, en una *teoría de la sociedad* tan generalizadora y abstracta, por un lado, y tan centrada en la aplicación a la comprensión historiográfica, por el otro, que nos parece del todo justificado, o al menos, ajustado, hablar de una *filosofía de la historia sociológicamente informada*,

antes que de una “sociología” sin más, a la hora de calificar su legado intelectual. Por su puesto, sin cargar demasiado a la cuenta de los rótulos la valoración de su pensamiento. Evidentemente ello no excluye la obsesiones del autor específicamente referidas al “carácter” de ese nuevo saber de la modernidad que era la Sociología, ni muchos menos viene a soslayar sus adherencias científicas más pronunciadas, sobre todo en los escritos que rondan el 900.<sup>1</sup> Más bien, nuestro interés consiste en interpretar el vuelco spengleriano experimentado por Quesada hacia la primera posguerra, como una maduración y consumación de una reflexión filosófico-históricamente ya encaminada desde un principio, esto es, en sus estudios sobre las guerras civiles. Y ello, no obstante que la influencia posterior de Oswald Spengler bastaría por sí sola para remitirlo al terreno de la filosofía de la historia sin más trámite. Aun cuando ella se corresponda, en la autocomprensión del autor, con la aparición de una más amplia “sociología relativista”. Que a su juicio conformaba una innovadora y poderosa escuela de teoría social destinada a desplazar, exitosa y definitivamente, a las más moderadas o débiles versiones de procedencia francesa y británica, sobre todo las de Auguste Comte y Herbert Spencer, todavía dependientes de un falso progresismo iluminista. A Oswald Spengler cabría el rango de clásico fundador de una sociología definitivamente universal de los ciclos históricos mundiales de las culturas. Rango que hoy la teoría social confiere a pensadores de muy distinta índole y talante. Cuánto se equivocaba Ernesto Quesada en ello, es harina de otro costal. En efecto tuvo su precio: que las primeras historias de la sociología en la Argentina no lo cuenten sino a lo sumo como antecedente nominal, y sobre todo, que la fundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires desestime totalmente remitirse a ese origen genealógico, a pesar de que formaba parte de su propia historia.<sup>2</sup> Y claro, que Quesada nunca llegue a formar parte de sus programas de lecturas.

En suma: cuando Quesada dice “sociología”, nosotros leemos, incluso antes de su inflexión spengleriana, más bien *filosofía de la historia*. En todo caso: la sociología quesadiana no deja de ser nunca una filosofía de la historia, como es el caso cuando declaraba guiarse por la “historia sociológica” de Karl Lamprecht.<sup>3</sup> En tal modo, la recepción de Spengler<sup>4</sup> no hizo más que confirmar y reforzar una disposición previa. De ahí que en este lugar no indagaremos dicho vuelco spengleriano, tan locuaz por sí mismo y nada sorprendente en cuanto al tipo de intelectual que era Quesada, un erudito polígrafo de lealtades y adhesiones filogermánicas, como terminó por demostrarlo la forzada donación de

su formidable Biblioteca. Sesgo “germanista” que, asimismo, resultara tan costoso para la valoración de su legado en el siglo XX. Cercana, si bien no a su completo olvido, sí al confinamiento de su herencia intelectual a la mera trama de los precedentes genealógicos. Mas esa legación, últimamente, da saludables y notorias muestras de reconstrucción y revitalización. En la misma tesitura, nos preocupa de momento dar un paso previo a la indagación de su spenglerismo, dejándola en suspenso. Para aducir que ese aspecto “filosófico-histórico” ya se registra, como afirmáramos atrás, en su corpus de estudios historiográficos sobre las guerras civiles argentinas. Precisamente su “canonización” en la historia de la historiografía argentina lo prueba, o al menos contribuye a abonar nuestra hipótesis, que hacemos tributaria de Rómulo Carbia. Antes permitámonos dar un breve y apretado rodeo que muestre la visibilidad de Quesada en las referidas líneas de recepción, a fin de resaltar, posteriormente, las posibilidades hermenéuticas que admite la lectura “canonizante” de Rómulo Carbia.

### Referencias y acogimientos.

Tanto en la **Historia crítica de la historiografía argentina** de Rómulo Carbia, escrita en el primer lustro de la década del veinte, como en los estudios coordinados por Fernando Devoto bajo el título **La historiografía argentina en el siglo XX**, editados en el primer lustro de la década del noventa, Ernesto Quesada ocupa una posición prominente. Entre ambos estudios, sin embargo, su influjo quedó sensiblemente menguado, por ser reducida su obra a servir tan solo de antecedente genealógico de corrientes de pensamiento posteriores. Así aconteció en el llamado *revisiónismo* histórico, y en parte, en los estudios sobre el positivismo argentino. La “historiografía académica” argentina, sin embargo, no rebajó el status del legado quesadiano a la condición de la mera precedencia. Lo que no quiere decir que su legado intelectual deba atenerse unilateralmente a una apropiación historiográfica, puesto que, decíamos, ésta ha de convivir, y en lo posible, articularse con su recepción sociológica, con su recepción filosófica y también con su recepción lingüística y crítico-literaria en las tradiciones de investigación argentinas. Por más que, evidentemente, muchas veces estas líneas se presenten entrecruzadas. Un vistazo sumario a las fuentes editadas, si bien no pretende ser exhaustivo, puede dar prueba de ello como imagen general.

Es una característica de Ernesto Quesada su presencia en los más diversos territorios disciplinarios. Comencemos por recordar que la participación de Ernesto Quesada en las querellas lingüísticas por el idioma nacional nunca ha sido olvidada. Con antecedentes que se remontan a Arturo Costa Álvarez,<sup>5</sup> o más acá, a Ángel Rosemblat,<sup>6</sup> la labor lingüística de Ernesto Quesada

1 Cfr. Quesada, Ernesto, **La Sociología. Carácter científico de su enseñanza**, Buenos Aires, Librería Menéndez, 1905; **La teoría y la práctica en la cuestión obrera. El marxismo a la luz de la estadística en los comienzos de siglo**, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1908.

2 Ver: Blanco, Alejandro, “La sociología: una profesión en disputa”, en Neiburg, Federico, y Mariano Plotkin, **Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina**, Buenos Aires, Paidós, 2004.

3 Cfr. Quesada, Ernesto, **La enseñanza de la historia en las universidades alemanas**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1910.

4 Cfr. Quesada, Ernesto, **La sociología relativista spengleriana**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1921; **Spengler en el movimiento intelectual contemporáneo. El problema sociológico iberoamericano**, Buenos Aires, Imp. Coni, 1926.

5 Costa Álvarez, Arturo, **Nuestra Lengua**, Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina, 1922.

6 Rosemblat, Ángel, **Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua**, Buenos Aires, Instituto de Filología Hispánica “Dr. Amado Alonso”, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1961.

da es revalorada por Alfredo Rubione,<sup>7</sup> que reedita su estudio sobre el criollismo de 1902, y dimensiona su aporte como uno de los estudios fundamentales que se han hecho sobre la materia. También en la línea sobre las disputas en torno al criollismo y la modernización cultural de la identidad nacional, se sitúa la valoración de la aportación lingüística quesadiana por parte de Adolfo Prieto.<sup>8</sup> Por cierto, Quesada no deja de protagonizar los debates sobre el tema de la lengua nacional y el criollismo en investigaciones posteriores, como lo constatamos por ejemplo con Norma Carriburo<sup>9</sup> y en Walter Burriguini.<sup>10</sup> Junto a esa clave de recepción tenemos la de la historia del positivismo en general, donde se superponen los niveles sociológicos y filosóficos de su producción. Quesada es mencionado al pasar por Juan Adolfo Vázquez en la introducción a su antología filosófica argentina.<sup>11</sup> Ciertamente no es omitido bibliográficamente en el célebre estudio de la formación del positivismo argentino que debemos a Ricaurte Soler,<sup>12</sup> pero no puede decirse que su pensamiento siquiera encuentre allí un comentario atento. Ernesto Quesada es referido en distintas secciones del informe bibliográfico-filosófico de Celina Ana Lértora Mendoza.<sup>13</sup> La contribución de Ernesto Quesada al positivismo argentino no es desconsiderada por Marcelo Monserrat,<sup>14</sup> pero halla un reconocimiento más preciso como pensador positivista por parte de Alberto Caturelli,<sup>15</sup> aunque a modo de noticia.

Acoplada con su recepción de intelectual positivista, tenemos aquellas líneas que lo evocan como sociólogo. En su estudio sobre la formación de la sociología argentina, Juan Marsal reconoce en Quesada la influencia de Spengler, aunque se decide por inscribirlo en la corriente de lo que llama “la sociología positivista universitaria”.<sup>16</sup> Una mera mención cronológica halla en Juan

Carlos Agulla,<sup>17</sup> a propósito de su rol como docente inaugural de la materia, por cierto que contiguamente a Antonio Dellepiane. Si bien Quesada no queda desdibujado en las observaciones de Javier Trímboli,<sup>18</sup> debemos esperar a Horacio González para que se le destine un lugar de excepción en la constelación de los sociólogos fundacionales argentinos. En efecto, Horacio González llega a afirmar que “la importancia de Ernesto Quesada para la sociología argentina no solo es la del que fuera responsable de una de las primeras cátedras con ese nombre en la Argentina —si exceptuamos la experiencia anterior de Antonio Dellepiane, y cierta simultaneidad con la de Juan Agustín García—, sino el de quien formula los alcances posibles de ese concepto y esa palabra en el terreno de muy diversos debates.”<sup>19</sup> Mayor es el énfasis todavía que como sociólogo halla Quesada en el tratamiento que le dispensa Oscar Terán, por cierto sumamente detallado en este punto, aunque limitado, también hay que decirlo, a la faz más “positivista” y modernizante de su pensamiento. En efecto Terán asevera que “Ernesto Quesada es representativo de cierto estándar de opinión de la generación del 90”, añadiendo que no “se halla compelido a adherir de manera irrestrictamente programática al credo positivista, pero tampoco está dispuesto a desprestigiar el carácter de seguridad que la presunta cientificidad de las disciplinas sociales pudiere garantizarle”.<sup>20</sup> Posteriormente, Terán intentará perfilar al archivista que también fue Quesada.<sup>21</sup> De similar manera, Quesada merece una estimación breve pero atenta por parte de Carlos Altamirano, al juzgarlo un protagonista decisivo de los orígenes de la sociología en la Argentina. No obstante esta filiación, Altamirano sostiene que “su perfil era en 1904 más el de un polígrafo y un historiador que el de un sociólogo, aunque había hecho estudios de ciencias sociales en Alemania”.<sup>22</sup> Recientemente, Horacio Tarcus recoge y explora la veta de la cuestión social en Ernesto Quesada, al culminar su exhaustivo estudio sobre la recepción de Marx en la Argentina. Tarcus encuentra, sin embargo, que “Quesada no sólo no acompaña a Marx en la ‘solución colectivista’ sino que cuando adhiere a su

7 Rubione, Alfredo (comp.), *En torno al criollismo. Textos y polémicas*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

8 Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

9 Carriburo, Norma, *El voseo en la literatura argentina*, Madrid, Arco/Libros, 1999.

10 Burriguini, Walter, “Alcances nacional y americano del criollismo popular (1870-1910)”, en Clara Alicia Jalif de Bertranou (comp.), *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*, Mendoza, EDIUNC, 2006.

11 Vázquez, Juan Adolfo, *Antología filosófica argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

12 Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

13 Lértora Mendoza, Celina A., *Bibliografía Filosófica Argentina (1900-1975)*, Buenos Aires, FECIC, 1983.

14 Monserrat, Marcelo, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

15 Caturelli, Alberto, *IIº Congreso Nacional de Filosofía. La filosofía en la Argentina actual*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971; *Historia de la Filosofía Argentina 1600-2000*, Buenos Aires, Ciudad Argentina-Universidad del Salvador, 2001.

16 Marsal, Juan, *La Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Los libros del Mirasol, 1963.

17 Agulla, Juan Carlos, “Las ciencias sociales como formación general: 1898-1957”, en Juan Carlos Agulla (comp.), *Ideologías políticas y ciencias sociales. La experiencia del pensamiento social argentino (1955-1995)*, Buenos Aires, Instituto de Derecho Público, Ciencia Política y Sociología, 1996.

18 Trímboli, Javier, “Masas y simuladores a través de la literatura y la ensayística argentina de fin de siglo”, en González, Horacio y Eduardo Rinesi (comps.), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, IDEP, 1996.

19 González, Horacio, “Cien años de sociología en la Argentina: la leyenda de un nombre”, en Horacio González (comp.), *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires, Colihue, 2000, p. 38.

20 Terán, Oscar, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica” (1880-1910)*, Buenos Aires, FCE, 2000, p. 213.

21 Terán, Oscar, “Ernesto Quesada: archivar e historiar (la patria)”, en Revista *La Biblioteca*, Buenos Aires, nº 1, Verano de 2004/2005.

22 Altamirano, Carlos, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina”, en op. cit., nota 2.

diagnóstico, lo hace más empeñado en cuestionar el liberalismo que el capitalismo.”<sup>23</sup>

Hemos consignado previamente que es en el campo de la historia de la historiografía argentina en donde Ernesto Quesada ha encontrado una recepción más sostenida. Y ello, tanto en su vertiente académica como en su vertiente “militante”, aunque en esta última se limite a servir de mero precedente, por lo general, supeditado o adyacente a la figura de Adolfo Saldías. Efectivamente, dentro de las genealogías de los historiadores “revisionistas”, Ernesto Quesada representaba poco más que un antecedente o un lejano precursor sin mayor incidencia en lo que luego sería un franco rosismo. Nos limitaremos a recordar que ya Ernesto Palacio cifra los orígenes de dicha escuela en Quesada y Saldías.<sup>24</sup> Este juicio del par precedente Quesada-Saldías se torna un lugar común en los revisionistas. Lo replican, entre otros, los influyentes Arturo Jauretche<sup>25</sup> y Juan José Hernández Arregui.<sup>26</sup> En cuanto a los antecedentes bibliográficos del revisionismo, Quesada ciertamente es reconocido con mayor perspectiva histórica por Hebe Clementi, quien llega a afirmar, a propósito de la comprensión de Rosas debida a nuestro autor, que “las conclusiones a que llega Quesada serán básicamente valiosas y las repetirá la escuela revisionista no siempre con la misma riqueza conceptual, sino con machacona fijeza.”<sup>27</sup> Difícilmente los revisionistas suscriban el juicio de Hebe Clementi, aun cuando Quesada siga siendo bibliográficamente estimado como protorevisionista, como sucede con Roberto Etchepareborda,<sup>28</sup> y en la misma línea pero en menor medida, con Miguel Ángel Scenna,<sup>29</sup> e igualmente, con Carlos Rama.<sup>30</sup> Aunque en clave autobiográfica o testimonial, Julio Irazusta tampoco había negado su influjo.<sup>31</sup> No obstante en una minúscula referencia, no deja de olvidarlo José Pablo Feinmann<sup>32</sup> como precursor revisionista. En desarrollos muy escuetos, Norberto Galasso reitera el gesto de ver en Quesada un puro predecesor rosista,<sup>33</sup> aunque Fermín

Chávez lo muestre como “filósofo de la historia”, si bien en una mera referencia.<sup>34</sup>

Igualmente poblada de remisiones a Quesada se nos presenta la tradición académica, aunque más en los últimos años. No deja de ser elocuente, como dato de la recepción académica, o al menos, universitaria de Ernesto Quesada, la aparición del informe biobibliográfico de Juan Canter, que tampoco podría ser subestimado en su valor reivindicativo.<sup>35</sup> Tampoco deja de ser precisa la observación que halla por parte de José Luis Romero en su historia de las ideas argentinas de (la primera mitad) del siglo XX, quien a pesar de emparentarlo con Saldías en su estudio sobre Rosas, observa que Ernesto Quesada “se interesó por las circunstancias que lo explicaban, guiado por la influencia de los sociólogos y de los historiadores de tendencia sociológica”.<sup>36</sup> Esta misma estribación doble, como precursor revisionista e historiador académico, la hallamos en los estudios sobre historiografía argentina de Tulio Halperín Donghi, de quien no podemos decir que la figura de Ernesto Quesada lo haya cautivado. En su ya clásico trabajo de 1970, Halperín Donghi asocia a Quesada con esos historiadores cuyas motivaciones “eran inspiradas por una voluntad de reivindicación más personal y familiar que doctrinaria”.<sup>37</sup> No es más favorable su apreciación en “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, informe presentado en la compilación de Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, en donde Halperín Donghi señala críticamente que en su analogía de Rosas con Luis XI, Quesada se hallaba “falto de instrumentos más válidos para pensar la historia”.<sup>38</sup> Acaso esta desaprobación, por venir de tan autorizada voz, contribuyó a fomentar el menosprecio por el legado historiográfico de Quesada. Juicio que aún hoy plantea un desafío a los jóvenes historiadores de las ideas. Con todo, en el mismo trabajo compilado por Ferrari y Gallo, sin embargo Ernesto Quesada encuentra una reivindicación como historiador por parte de Antonio Pérez Amuchástegui. Este profesor afirma enfáticamente que “Ernesto Quesada fue el primero que, en la historiografía argentina, ensayó con seriedad y fundamento una renovación metodológica de fondo”.<sup>39</sup> Pérez Amuchástegui subraya la influencia que sobre Quesada ejerció la hermenéutica historicista alemana de Dilthey y Droysen, según la cual Quesada admitía metodológicamente que “era preciso enseñar a comprender la historia mediante el régimen de la razón

23 Tarcus, Horacio, **Marx en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 476.

24 Palacio, Ernesto, **La historia falsificada**, Buenos Aires, Difusión, 1939.

25 Jauretche, Arturo, **Política Nacional y Revisionismo Histórico**, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959.

26 Hernández Arregui, Juan José, **La formación de la conciencia nacional (1930-1960)**, Buenos Aires, Plus Ultra, 1960.

27 Clemente, Hebe, **Rosas en la Historia Nacional**, Buenos Aires, La Pleyade, 1970, p. 19.

28 Etchepareborda, Roberto, **Rosas: controvertida historiografía**, Buenos Aires, Pleamar, 1972.

29 Scenna, Miguel Ángel, **Los que escribieron nuestra historia**, Buenos Aires, La Bastilla, 1976.

30 Rama, Carlos, **Nacionalismo e historiografía en América Latina**, Madrid, Tecnos, 1981.

31 Irazusta, Julio, **Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)**, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.

32 Feinmann, José Pablo, **Filosofía y Nación. Estudios de pensamiento argentino**, Buenos Aires, Legasa, 1982.

33 Galasso, Norberto, **De la historia oficial al revisionismo rosista. Corrientes historiográficas en la Argentina**, Buenos Aires, Cuadernos I, Centro Cultural E. S.

Discépolo, 1999.

34 Chávez, Fermín, **El pensamiento nacional. Breviario e itinerario**, Buenos Aires, Nueva Generación/Pleamar, 1999.

35 Canter, Juan, “Bibliografía de Ernesto Quesada” en **Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, T. XX, 1936.

36 Romero, José Luis, **El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX**, México, FCE, 1965, p. 74.

37 Halperín Donghi, Tulio, **El revisionismo histórico argentino**, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, p. 21.

38 Halperín Donghi, Tulio, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (comps.), **La Argentina del Ochenta al Centenario**, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, p. 836.

39 Pérez Amuchástegui, Antonio, “El historiador Ernesto Quesada”, op. cit., p. 841.

histórica". Pérez Amuchástegui no obstante no hace referencia a la influencia de Spengler en Quesada, lo que tal vez arroje un manto de duda sobre la penetración de su lectura. Será el propio Halperín Donghi quien, en su estudio de 1984 "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", recuerde que Ernesto Quesada fue uno de los introductores de Spengler entre nosotros, del que, apunta, "había ofrecido una presentación general de sus ideas", aunque, añade Halperín, probablemente para moderar un posible entusiasmo sobre la originalidad de esta recepción, que "su propia obra gozaba de circulación bastante amplia".<sup>40</sup> Este mismo tópico de las precedencias se mantiene en la perspectiva que ofrece Ángel Castellan<sup>41</sup> en el estudio compilado por Hugo Biagini, y en los propios estudios de Biagini, donde no dejamos de ver a Quesada formando los elencos de los grupos positivistas argentinos.<sup>42</sup>

Por cierto, tras estos trabajos, la figura de Quesada no cesó de ser tenida en cuenta. Así por ejemplo con Diana Quattrochi-Woisson<sup>43</sup>, además de, especialmente, Eduardo Zimmermann.<sup>44</sup> Ezequiel Gallo y Natalio Botana no omiten su aporte como historiador positivista al incorporarlo a su antología.<sup>45</sup> Pablo Buchbinder destaca el rol pedagógico de Ernesto Quesada en la Universidad de La Plata, consignando que la investigación sobre la enseñanza de la historia en las universidades alemanas que le encomendara Rodolfo Rivarola "tuvo una notable repercusión en los medios académicos y presumiblemente debió ser tenido en cuenta en la reformulación del plan de estudios de la Facultad de 1912",<sup>46</sup> refiriéndose a la facultad de Humanidades de dicha universidad. Encontramos una valoración precisa de Ernesto Quesada como pensador nacionalista y no como mero profesor o precursor del revisionismo histórico en el trabajo de Lilia Ana Bertoni, a pesar de asociarlo exclusivamente a las disputas en torno al idioma nacional.<sup>47</sup> Fernando Devoto dedica una atenta mención a Quesada como historiador patriótico,<sup>48</sup> pero es en otro lugar donde Devo-

to observa que para Quesada la "utilización de la historia como pedagogía cívica era el instrumento privilegiado para galvanizar la conciencia patriótica".<sup>49</sup> Daniel Campione ve en Ernesto Quesada un historiador ensayístico previo a la fase académica más profesional de la Nueva Escuela.<sup>50</sup> Tampoco Quesada es omitido en la compulsa sobre las querellas lingüísticas criollistas ni en las polémicas metodológicas que relevan Alejandro Cataruzza y Alejandro Eujanian,<sup>51</sup> ni es descuidado, aunque reiterando el viejo tópico de la precedencia, por Jorge Myers,<sup>52</sup> ni por Martha Rodríguez.<sup>53</sup> Y aunque sea también por medio de meras referencias, Quesada no deja de estar presente en muchos de los estudios compilados por Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig.<sup>54</sup>

Vemos con ello que la figura de Ernesto Quesada no queda oculta del horizonte de los historiadores académicos más jóvenes. Pero creemos que el punto de inflexión en la revaloración historiográfica de Quesada debe inscribirse en la referida investigación coordinada por Fernando Devoto. No deja de ser altamente significativo al respecto que, en el primer texto que se propone trazar un balance de conjunto sobre la historiografía argentina del siglo XX, el primer caso considerado en particular sea el de Ernesto Quesada, y en particular **La época de Rosas**. Ese gesto canonizante no se verificaba desde los tiempos de Rómulo Carbia. Precisamente nuestras consignaciones bibliográficas pretendieron mostrar el crepúsculo en que se sume la obra de Quesada sobre todo a manos del revisionismo que, paradójicamente, al reivindicarlo como antecedente, contribuyó a ensombrecerlo hermenéuticamente, exceptuando los casos en que se dio a la empresa de reeditarlos.<sup>55</sup> Queremos decir: ese rescate como mero precursor implicó perder de vista el valor historiográfico y doctrinario inherente a su obra. Con todo, la doble apropiación por parte de la "historiografía académica" y de la "historiografía militante" habla a favor de Quesada, poniendo de manifiesto la riqueza y amplitud de su legado. Volviendo al punto de inflexión señalado, vemos que Fernando Devoto se remite a Carbia para calibrar la justa apreciación que merece nuestro autor. En efecto leemos: "Si no hubieran bastado los numerosos actos deferentes que, por ejemplo, el Instituto de Investigaciones Históricas de la

40 Halperín Donghi, Tulio, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Ensayos de historiografía*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1996.

41 Castellan, Ángel, "Accesos historiográficos", en Biagini, Hugo E. (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, De Belgrano, 1985.

42 Biagini, Hugo, *Filosofía americana e identidad. El conflictivo caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1989; *Lucha de ideas en Nuestramérica*, Buenos Aires, Leviatán, 2000.

43 Quattrochi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.

44 Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de Quilmes, 1994.

45 Botana, Natalio y Ezequiel Gallo, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

46 Buchbinder, Pablo, "La Facultad de Filosofía y Letras y la enseñanza universitaria de la historia", en AA.VV., *Estudios de historiografía argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1997, p. 37.

47 Bertoni, Lilia, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001.

48 Devoto, Fernando, "Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina", en AA.VV.,

*Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

49 *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 26-27.

50 Campione, Daniel, *Argentina. La escritura de su historia*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación-IMFC, 2001.

51 Cataruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Madrid-Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003.

52 Myers, Jorge, "Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955", op. cit., nota 2.

53 Rodríguez, Martha, "Un historiador piensa la historia en los 60. ¿Cómo superar la vieja antinomia revisionismo/liberalismo?", en Devoto, Fernando y Nora Pagano (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

54 Biagini, Hugo E. y Arturo A. Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Identidad, utopía, integración (1900-1930)*, Tomo I, Buenos Aires, Biblos, 2004.

55 Cfr. Quesada, Ernesto, *La época de Rosas*, Buenos Aires, Ediciones del Restaurador, 1950.

Facultad de Filosofía y Letras deparó a Ernesto Quesada, el trato cuidadosamente encomiástico que Carbia dedica a **La época de Rosas** hubiera debido servir por sí solo para matizar una visión tan unilateral de la recepción que los medios académicos hicieron de esa obra como la que propuso el revisionismo histórico —y de la que se hicieron eco luego otros historiadores profesionales— acerca del silencio al que la cultura oficial habría condenado a las osadías protorevisionistas de su autor.<sup>56</sup> Por supuesto, esta restitución que encara Devoto se efectiviza con el encargo a Eduardo Zimmermann de dar cuenta del más importante estudio histórico de Ernesto Quesada, precisamente en el estudio que encabeza la compilación.<sup>57</sup> Es este tipo de acogimiento más preocupado por dar cuenta del pensamiento historiográfico de Quesada el que nos interesa proseguir. Acogimiento cuyo puntal fundacional, precisamente, es plantado por Rómulo Carbia.

## Valoración

La canonización historiográfica de Ernesto Quesada gira en torno de su investigación sobre Rosas, con especial referencia, y sobre las guerras civiles argentinas, visto en perspectiva. Tenemos ante la vista las tres ediciones de **La época de Rosas** publicadas en vida del autor. La primera edición solo viene precedida de una advertencia editorial donde presumiblemente Ernesto Quesada, en tercera persona, da cuenta de su programa historiográfico, al declarar que el “trabajo no es sino un fragmento de la **Historia de la guerra civil argentina**, durante la referida época de Rosas.”<sup>58</sup> La tercera edición añade una nueva advertencia y el prólogo titulado “Criterio doctrinario en estas investigaciones históricas”, con la novedad de que cumple con la vieja aspiración de reunir todas las investigaciones sobre las guerras civiles argentinas, ahora publicadas en cinco tomos de tapa dura.<sup>59</sup> La más relevante desde un punto de vista histórico-intelectual, creemos, es la segunda edición, efectuada en 1923,<sup>60</sup> debido a los estudios complementarios que posee, pertenecientes a Narciso Binayán, “El concepto de la dictadura de Rosas”, y al propio Quesada, que recoge su ensayo de 1911, “La evolución social argentina”. Y es esta edición la que termina por comparecer ante el juicio crítico de Rómulo Carbia. Por ello, las consideraciones de Carbia venían precedidas del estudio, aunque puramente exegético, consagratorio de Narciso Binayán. Es cierto que ya en 1907 José María

Ramos Mejía había advertido que “el doctor Ernesto Quesada ha publicado también valiosas contribuciones a la historia de la época que vamos a estudiar”,<sup>61</sup> y de que mucho más tarde mereciera un parejo comentario por parte de Juan Agustín García,<sup>62</sup> tan sólo un año antes de su reedición, en 1922. Con todo, la importancia del trabajo de Narciso Binayán en 1923 no reside únicamente en la circunstancia de que el prologuista encarna la palabra oficial del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Sino que, junto con ello, Narciso Binayán arroja luz sobre la obra historiográfica de Quesada bajo la premisa, académicamente tan crucial, de que, a pesar del estilo arquitectónico que imprimió expositivamente a su investigación, el autor ha procedido científicamente con los archivos disponibles y la bibliografía existente sobre la materia. Narciso Binayán da a entender, no sin sutileza, que Quesada era un erudito tan extraordinario que hasta podía prescindir de la exhibición de su “laborioso” aparato crítico. Pero ante todo, dejaba en claro que Quesada aplicaba un *método* histórico que representaba un cambio sustancial no sólo frente a la vieja historia apologética, sino frente al tipo de historia erudita que todavía cultivaba un Paul Groussac.<sup>63</sup>

Ahora bien, si los comentarios de Binayán, al ubicar a **La época de Rosas** en el pináculo de los estudios sobre el Restaurador, venían a inscribir a Quesada entre el grupo de los historiadores universitarios que, recién con los jóvenes Ricardo Levene y Emilio Ravignani, terminaría de cuajar en una promisoriosa Nueva Escuela Histórica (de acuerdo con la afortunada y célebre expresión de Juan Agustín García), decíamos, no con ello la operación de canonización académica quedaba del todo cumplida. Porque incluso ante esta nueva y pujante juvenilia académica, la obra de Quesada ofrecía características, sino desconcertantes, al menos lo suficientemente singulares como para que sea necesario identificarla de acuerdo a un tipo de saber académico diferencial y único, cimentado en la posesión de una metodología de la investigación abrevada en la escuela de la hermenéutica historicista alemana. Por si esto fuera poco, de un historicismo que no solo no se sustraía a la reflexión de la gran teoría social, sino que la ejercía sistemáticamente. En ello no solo ya no lo acompañaba un Groussac, sino tampoco un García. Mérito que también hay que incorporar a la lista de lo que es menester reconocerle a Quesada. De modo que, a fin de apreciar la magnitud del aporte quesadiano, era necesario cotejar y singularizar su enfoque historiográfico no ya en una línea genealógica de escritores sobre Rosas, ni siquiera, midiendo sus méritos con las jóvenes promesas que pronto harán una formidable carrera institucional, donde descollará Levene, sino más bien en el marco general del desenvolvimiento de los estudios históricos en la Argentina desde la última década del siglo XIX hasta el primer cuarto del siglo XX.

56 Devoto, Fernando, “Estudio preliminar” en Fernando Devoto (comp.), **La historiografía argentina en el siglo XX (I)**, Buenos Aires, CEAL, 1993, p. 9.

57 Zimmermann, Eduardo A., “Ernesto Quesada, **La época de Rosas** y el reformismo institucional del cambio de siglo”, en op. cit., pp. 23-44.

58 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico**, Buenos Aires, Arnoldo Moen, 1898, p. 5.

59 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas**, 5 Tomos, Buenos Aires, Artes y Letras, 1926-1927.

60 Quesada, Ernesto, **La época de Rosas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, UBA, n° XVIII, Jacobo Peuser, 1923.

61 Ramos Mejía, José María, **Rosas y su tiempo**, T. I, (Prólogo de José Luis Busaniche), Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1952, p. 58.

62 García, Juan Agustín, “Sobre nuestra incultura”, en **Obras Completas**, 2 Vol., Buenos Aires, Antonio Zamora, 1955.

63 Para una revisión puntual de este debate metodológico, ver: Stortini, Julio, “La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la Historia en la Argentina”, en op. cit., nota 47.

Y eso es lo que hará precisamente Rómulo Carbia en 1925, y en las reediciones posteriores de su informe que, si se le concede el rango de clásico,<sup>64</sup> entonces también puede admitirse de buen grado el mismo título al propio Quesada. Por cierto, la peculiar filosofía y teoría social de la historia quesadiana, no podía sino trasponer un tipo de investigación que pretendiera consignar sus potencias intelectivas a las formas más restrictas de la indagación archivística y el informe monográfico. No, esa potente reflexión conceptual que se movía sobre la *base* de la investigación historiográfica, debía expandirse, acaso a pesar suyo, al género donde mejor podían convivir la erudición documental y el vuelo especulativo, o bien, donde menos ofrecieran resistencias a las reglas del *métier*, esto es, a la rutina de la investigación especializada y al protocolo formal de las universidades y los institutos académicos, donde Quesada siempre ejerció cargos y funciones. Ese género era el *ensayo*. Y de ello también tomó debida nota Rómulo Carbia.

Veamos ahora de cerca la concepción de Carbia sobre el tipo de género que cultivó Quesada a la hora de construir sus narrativas históricas y patrióticas. A tal propósito, creemos que es pertinente la siguiente definición que propone Carbia en su **Historia Crítica de la Historiografía Argentina**: “Tengo por ensayo todo trabajo historiográfico donde su autor trata de organizar los elementos eruditos en el sentido de una demostración particularizada o en el de una exhibición integral de cualquier determinado suceso del pretérito.” Y en nota al pie Carbia añade lo siguiente: “Los *ensayistas* difieren de los *monografistas* en que éstos expusieron los resultados de sus pesquisas simplistas y aquéllos combinan, tratan de explicar, filosofan en suma.”<sup>65</sup>

En los anteriores términos, entonces, Rómulo Carbia identifica un grupo formado por “ensayistas que filosofan”. Dejando así configurada la clase de los historiadores ensayísticos, donde corresponde situar a Quesada en su máximo desarrollo. Ahora bien, aquella definición taxonómica y criteriológica de Carbia no está exenta de una atenta prevención sobre las prerrogativas del género. “Aludo —seguimos leyendo a Carbia—, como se sospechará, a los ensayistas que partiendo de la tendencia hacia la fácil sociología que no requiere mayor información para *filosofar* sin freno y sin reparos, y a aquellos otros que teniendo sus punto de arranque en la misma tendencia, caminan hacia la ordenación genética de los hechos por la línea de sus causas generadoras, a las que buscan, empeñosamente y con tesón. Los primeros son los sociólogos declamadores que siembran el sofisma de la generalización, y los segundos los eruditos que trabajan con recitividad de espíritu, asignando a cada cosa su valor y a cada hecho un lugar en su serie.”<sup>66</sup>

Por supuesto, esa reserva de Carbia estaba destinada, oblicuamente, a salvar a Quesada (“erudito que trabaja con recitividad de

espíritu”), precisamente, de quedar nivelado con el resto de los positivistas sociológicos (“sofistas de la generalización”), denunciando los vicios y defectos que los aquejaban. Y con ello, preservando los fueros de la ensayística quesadiana respecto de aquella que se sustraía al esfuerzo de la investigación historiográfica sólida y prolongada. Ardua manera de reprobar a José Ingenieros. Sobre esta plataforma valorativa y por lo tanto jerárquica, donde Quesada sale ganando, de un extremo, e Ingenieros sale perdiendo, del otro, es que Rómulo Carbia dispone el correspondiente orden taxonómico. Subsecuentemente, los historiadores ensayistas, por más que Carbia se empeñe en deslindar categorías y subcategorías para refinar su cuadro clasificatorio en todas las estribaciones posibles, responden en el fondo a tres estilos, que entrañan a su vez tres niveles en el consiguiente orden de primacía: I) “genetistas”, II) “cientificistas” y III) “menores” o literarios. Lo decisivo aquí es que Rómulo Carbia establece entre ellos una relación de linaje y prelación intelectual, en donde solo a los “genetistas” les pertenece el puesto o status de una historiografía seria y auténtica, dejando los escalafones inferiores para los científicistas y los literatos. De nuevo, si ya los genetistas ocupan los grados superiores, entre ellos es que tiene un lugar de privilegio Ernesto Quesada. Ello le exige a Carbia deslindar, dentro de una constelación epocal que abarca, en su punto culminante, la labor de los ensayistas genetistas, otras series genealógicas. Pero en conjunto, por más que Carbia no comulgue con esa convención de nuestra historia de las ideas atinente a asociar “generación del ochenta” y “positivismo”, y “Primer Centenario” con “nacionalismo”, la pléyade de ensayistas que evalúa queda comprendida, sin mayores fisuras, dentro de aquellos tipos ideales.

Las víctimas del cuadro clasificatorio y valorativo de Carbia son básicamente Francisco Ramos Mejía, autor de **El federalismo argentino** (1889), Agustín Álvarez y su **¿A dónde vamos?** (1904), Raúl Orgaz con **La sinergia social argentina** (1924), y sobre todo, advertíamos, José Ingenieros, particularmente su **Sociología Argentina** (1913) y **La evolución de las ideas argentinas** (1918-1920). Son ellos los “sociólogos historiadores” más importantes a quienes Carbia acusa de ligereza e improvisación en el uso de las fuentes documentales, de ser arbitrariamente especulativos sobre la base de un sistema de ideas esquemático y simplista, y de servirse de una metodología explicativa mono-causal. Sin embargo rescata en el ensayismo normativo, dentro de esta misma tesitura altamente especulativa, al Sarmiento del **Facundo**, desde ya, pero también al de **Conflictos y armonías de las razas en América** (1883), incluso por encima de los estudios económicos e históricos de Alberdi. Con Sarmiento, asimismo, se origina una genealogía ilustre que llevaría a Joaquín V. González en **La tradición nacional** (1888) y en **El juicio del siglo** (1910 y 1913), autor de quien Carbia destaca el “criterio de lo autóctono en la penetración más íntima de la esencia de lo histórico”. Linaje que también pasaría por Ricardo Rojas, ahora como el autor de **Blasón de Plata** (1910) y de **Argentinidad** (1916), de quien el historiógrafo platense afirma que se trata del “más serio de los ensayistas de su tendencia”. Si bien en su apreciación negativa sobre el valor intelectual de los escritos de Ramos Mejía e Ingenieros, es visible el anticienfismo de Rómulo Carbia, ello

64 Prado, Gustavo H., “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en op. cit., Nota 47.

65 Carbia, Rómulo D., **Historia Crítica de la Historiografía Argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI**, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 1939, p. 245.

66 Op. cit., pp. 245-246.

no obsta para que sus críticas apunten, solo en apariencia de un modo paradójico, a las falencias y yerros que aquellos sociólogos demostrarían en la instancia misma del relevamiento documental y de la construcción conceptual interpretativa, donde justamente no debiera un positivista fallar. Más todavía, Carbia no evita la inculpação y la alarma frente a lo que advierte como un pernicioso diletantismo, al divisar, puntualmente, que “Ingenieros todavía hace escuela, y es ese un peligro para el futuro de nuestra historiografía”. El dictamen que le merece a Rómulo Carbia el cientificismo ensayístico de José María Ramos Mejía, con todo, es más matizado que el desprecio que manifiesta por las audacias de su discípulo José Ingenieros, colocado en las antípodas de la excelencia de un Quesada. Respecto al maestro, empero, Carbia recupera en Ramos Mejía exclusivamente al artífice de una prosa enjundiosa. Esa morigeración en el juicio tampoco alcanza esta vez a Lucas Ayarragaray en **La anarquía argentina y el caudillismo** (1904), ni a Carlos Octavio Bunge en **Nuestra América** (1903), de quienes no olvida destacar que eran escritores mediocres, y ninguno de ellos, ciertamente, mentalidades genuinamente científicas.

La línea de los “ensayistas menores” o literarios comprende, principalmente por su relevancia indudable, la labor de Juan B. Terán en **El descubrimiento de América en la historia de Europa** (1916), de Leopoldo Lugones en **El Imperio jesuítico** (1904), de Lucio V. Mansilla en su **Rozas** (1898), y de David Peña en su **Juan Facundo Quiroga** (1906). Rómulo Carbia no se reserva la sincera estima que tiene por los autores recién citados, con lo cual deducimos que no hay ensayismo más endeble que el que practicaron los “cientificistas”. Pero si en cuanto a pretensiones de seriedad intelectual, no puede caerse más bajo que Ingenieros y que el joven Bunge, sin embargo, los literatos quedan colocados en un inferior tercer orden, debido a sus propósitos más bien ideológicos, o de “alegato”, como dice Carbia. Y además, ciertamente, por limitaciones temáticas que exceden su intención apologética, sino panfletaria, aunque sus títulos desmientan la impresión previa de un tratamiento de grandes y vastos asuntos, prerrogativa característica del ensayismo de interpretación literario que, por otra parte, Carbia no es generoso en conceder. Pero la belleza literaria, al menos si hablamos de Lugones, no tenía ningún correlato de grandeza historiográfica, esto es, de singular destreza en el *métier*, además de con la pluma. Cuestión que Carbia se encarga de subrayar, insistiendo en marcar ese desnivel entre prosa máxima e investigación mínima que caracterizaba a Lugones, donde el estudioso jamás emparde al escritor, y donde la que sale perdiendo es la verdad histórica. Desproporción que se agrava con un Mansilla, pero que se vuelve a salvar con Peña. Más allá de todas estas severidades que Carbia no se guarda, su actitud de encomio, empero, recae plenamente en la corriente de los “genetistas”. Si bien hay una suerte de pre-historia del ensayismo genetista que protagoniza básicamente Esteban Echeverría, la genealogía deja de remontarse a los precursores y comienza a definirse en una filiación homogénea a partir del propio Ernesto Quesada. Esta línea del ensayismo historiográfico genético se prolonga magistralmente, según la entusiasta consideración de Carbia, en el siempre bien recordado Juan Agustín García de **La ciudad indiana**, y enseguida en el asimismo bien

ponderado Juan Álvarez del **Estudio sobre las guerras civiles argentinas** (1914). Lo que nos interesa resaltar aquí es que con Ernesto Quesada, y en particular, con su libro **La época de Rosas**, principia según Carbia lo más granado de la tradición historiográfica ensayística o “filosófica” del grupo de los genetistas.

Pero con ello, lo que denominamos la “canonización” de Ernesto Quesada todavía no queda explícita. Estimamos que el siguiente pasaje, dedicado en particular a **La época de Rosas**, es lo suficientemente claro sobre el punto: “Conviene advertir, sin embargo, que este libro cuya significación en nuestra historiografía es mucha, como luego se verá, bríndase, antes que nada, como un verdadero señalamiento orientador para el criterio de quienes aspiran a juzgar el pasado argentino.” “En realidad Quesada —prosigue diciendo Carbia— ofrece allí un brevario de sana orientación criteriología y de reflexiones en torno al período histórico en el que actuara Rosas. No podría negarse, claro está, que por su contenido débese reputar a tal libro un trabajo historiográfico, pero no habría por qué oponerse a su inclusión entre las producciones de los que *meditan* los problemas trascendentales que atañen al alma de un país. Porque, en definitiva, eso y no otra cosa resulta el celebrado ensayo. Y si he dicho que es mucho su significado en nuestra historiografía, lo he hecho pensando que fué él un verdadero pantallazo de luz para el criterio con que el que se debía estudiar, científicamente, la época de la Dictadura.”<sup>67</sup>

De modo que Carbia señala un antes y un después de **La época de Rosas**, por tratarse de una obra historiográfica que “medita”, o sea, que *filosofa en términos ensayísticos*. Antes de este libro, no hay sobre Rosas una producción historiográfica seria, sino ensayismo sin investigación, o simples panfletos. Precisamente por ello, debíamos escuchar todavía la parte decisiva de la valoración criteriología de nuestro historiador de la historiografía. Cuando Carbia admite que “los conceptos básicos de este ensayo”, “resultan los mismos que postulan las modernas orientaciones historiográficas en nuestro país”. Vale decir, las que comulga el propio Carbia. Y por cierto, bajo la advocación de la época que la generación del propio Carbia venía a consagrar como definitivamente científica. Ya que precisamente Quesada vendría a preceder ni más ni menos que al propio grupo a que aspiraba integrar y legitimar Carbia, y del cual procede nuestra historiografía académica contemporánea, con todas las inflexiones y los desplazamientos del caso. En síntesis: es Carbia y su libro quien pretende dividir las aguas entre la historia académica y pre-académica de la historiografía argentina. Vale decir: antes y después de la “Nueva Escuela Histórica”. De ahí que Carbia al fin dictamine: “El mejoramiento de la tendencia genética la ha venido a realizar la *nueva escuela histórica*, conciliando la erudición menuda con los postulados que formula Berr en lo relativo a las grandes síntesis historiográficas.”<sup>68</sup>

## II

67 *Ibidem*, pp. 280-281.

68 *Ibidem*, p. 292.



El promisorio grupo que compone la Nueva Escuela Histórica, nos viene a decir Carbia, es el que debe filiarse en los genetistas, y por tanto, en su más alto exponente: Ernesto Quesada. He ahí la clave de su incorporación al canon académico historiográfico, que habría de esperar casi sesenta años para verse otra vez re-rendada. Claro que no nos interesa esta canonización tomada en sí misma, sino más bien los problemas teóricos y metodológicos que ella puede suscitar en el horizonte de la actualidad. Por ello, para concluir, quisiéramos interrogar las implicancias del último punto indicado por Carbia. Cuando siguiendo su lectura, resultan evidentes precisamente las operaciones de “conciliación” que realiza la obra de Quesada, y que contribuyen a perfilar la especificidad de su aportación intelectual. Aunque nosotros preferimos decir, antes que “conciliación”, mejor, *articulación*. Esto es, cuando la interpretación de Rómulo Carbia nos permite visualizar a Ernesto Quesada como un pensador-investigador que consigue *articular* por lo menos seis aspectos que pocos, muy pocos han procurado concertar entre sí, antes y después. Puesto que creemos que en dichas articulaciones reside uno de los potenciales hermenéuticos que pueden ser rehabilitados, para nuestro propio tiempo y desde nuestro propio clima de ideas, a partir de la herencia intelectual que nos ha dejado Ernesto Quesada. Nos referimos a la articulación entre: a) cultura académica y erudición independiente; b) investigación especializada y síntesis comprensiva; c) rigor archivístico y riesgo ensayístico; d) consistencia metodológica y visión conceptiva; e) investigación histórica e interpretación sociológica; y f) ciencia social y filosofía. ¿Merecen reconsiderarse esas tentativas tendientes a articular o conciliar géneros, estilos, metodologías y disciplinas heterogéneas entre sí, como posibles criterios de validez y orientación para el pensamiento social e histórico, y aún filosófico del presente? Y si ello fuera plausible, ¿sería ése un modo legítimo y pertinente de convocar el pensamiento de Ernesto Quesada para que sea capaz de incidir, como una voz relevante, en los renovados debates teóricos y metodológicos que todavía requiere dar la cultura intelectual argentina? ¿Valdría la pena, en tal modo, que Quesada sea revisitado al despuntar nuestro siglo XXI, que acaso sea el que más necesitará *dialogar* con las ideas de los siglos que lo preceden?

#### Resumen

El historiador y sociólogo Ernesto Quesada fue un autor rico y múltiple. No obstante ello, es posible reconocer que cultivó, junto a la teoría social y la investigación archivística y filológica, fundamentalmente una “filosofía de la historia”. Esta hipótesis de lectura no puede acreditar una continuidad homogénea en las líneas de recepción de su legado. Sin embargo, la “canonización historiográfica” que propusiera de modo clásico Rómulo Carbia, permite trazar un recorrido hermenéutico de acuerdo con dicha dirección interpretativa. Asimismo, su vuelco hacia la “sociología” de Oswald Spengler probaría el carácter notoriamente filosófico-histórico de su pensamiento. Nosotros creemos que **La época de Rosas** contiene ya los gérmenes de una filosofía de la historia y del ensayismo historiográfico cuyos motivos más teóricos y sustantivos cobrarán fuerza en sus escritos de madurez.

#### Palabras clave

Filosofía, Ensayo, Historia.

#### Abstract

The historian and sociologist Ernesto Quesada were a rich and multiple author. Nevertheless, it is possible to recognize that he cultivated, next to the social theory and the archivist and philologist investigation, fundamentally a “philosophy of history”. This hypothesis of reading cannot credit a homogenous continuity in the lines of reception of their legacy. Nevertheless, the “historical canonization” that proposed of classic way Rómulo Carbia, allows to draw up a hermeneutical route in agreement with this interpretative direction. Also, its upset towards the “sociology” of Oswald Spengler would well-known prove the philosophical-historical character of its thought. We think that **La época de Rosas** already contains the germs of a philosophy of the history and the historical essay whose more theoretical reasons and nouns will receive force in their writings of maturity.

#### Keywords

Philosophy, Essay, History.